

térico, "clínico," como le llamó el Sr. Bulnes, que con justicia se censura en el General Reyes, inhabilitándole para toda clase de cargos públicos de confianza.

Sí; el General Bernardo Reyes, Gobernador Constitucional de Nuevo León, otorgaba una libertad mendaz, á los que conceptuaba sus enemigos, tras de largos meses de martirizarles; y esta *libertad*, no era de las que honran merced á un veredicto exculpatorio, sino de las que manchan con un "perdón" que no equivale á reconocer la inocencia del reo, ni mucho menos á rehabilitarle.

Felizmente esto no hacía falta: no puede esperarse salir limpios de los tentáculos del pulpo; porque sus ventosas, sino matan, babea.

Eran cerca de las cinco de la tarde, cuando los Sres. Eugenio y Jesús del Bosque, Galdino P. Quintanilla, Alberto Villarreal y Adolfo Duclós-Salinas, abandonaban, en coche, la Penitenciaría. . . .—Aquella ciudad no podía ser la misma Monterrey de la mañana del "2 de Abril," ¡entonces rumorosa, llena de animación, desbordante de vida! ¡Escuetas sus calles, líbidos los semblantes de los transeuntes, despoblados los paseos, cerradas puertas y ventanas de los silenciosos edificios! . . . . ¿Qué había ocurrido?—El Cerro de las Mitras, coronábase de nubes rojizas, que, tendiéndose y alargándose, parecían derramarse del horizonte como de una inmensa cascada. Y sobre los tintes rojos de matices varios, flotaban doradas nubecillas. El sol se había hundido por completo tras las serranías, y al sepultarse en un chisporroteo de coloraciones rojizas, atravesadas por rayos dorados y sombras que caían de lo alto del firmamento, elevóse del incendio vespertino una postrera coloración de tinte ambarino, líbida: ¡un fantasma!

¡Ah! ¡Tras el "2 de Abril," . . . . la "FIEBRE AMARILLA"!



## CAPITULO VIII.

### Paralelo entre los Generales Porfirio Díaz y Bernardo Reyes. — CONCLUSION.

Por lo que hasta aquí llevamos dicho de los Generales Díaz y Reyes, se verá que no carecen de todo punto de razón quienes pretenden, con la insistencia de "La Voz de Nuevo León," y "El Espectador" de Monterrey, encontrar singulares puntos de contacto entre el Caudillo de Tuxtepec y el Gobernador de Nuevo León.

Con los datos que apuntados dejamos, ya nos es posible establecer un paralelo entre ellos; importantísimo si Reyes debe heredar de Díaz la República.

Pero antes de verificarlo, séanos permitido explicar el por qué de la relativa moderación en la tiranía del Autócrata de Méjico, y los peligros á ella anexos. Para ésto nos valdremos de las autorizadas apreciaciones de dos notables publicistas contemporáneos.

. . . . "Se admite la hipótesis de un dictador virtuoso cuya sola mira sea la de "imponer la virtud por el terror" conforme á la frase consagrada, y se añade que el dictador tendría que convertirse forzosamente en tirano, en tanto que la sociedad, lejos de moralizarse, iría envileciéndose más y más cada día. El dictador se convertiría en tirano, porque, por virtuoso que se le suponga, sería siempre hombre, y todo hombre que adquiere la costumbre de no contar con obstáculos, de no imponerse restricción alguna, de destruir lo que le estorba, llega á una exaltación de voluntad

que constituye al fin su propia ruina. La segunda razón (contra la dictadura) es que un dictador que gobierne sin consejo, es un sér quimérico, pues que el dictador verdadero hállase necesariamente rodeado de una camarilla que le halaga, le adula, le exalta, le pierde con tanta mayor facilidad, cuanto que ninguna contradicción viene á contrabalancear el peso de las aprobaciones. La virtud misma del dictador constituye un peligro para él, en el sentido de que le sirve de excusa á sus propios ojos, al tiempo mismo que sirve de máscara á las pasiones de los que le rodean. Cuando el dictador se ha desmoralizado de esta manera, habría un remedio para prevenir serios males, si la sociedad regenerada pudiera quitarle el mando; mas, por su parte, el medio, lejos de mejorarse, se ha envilecido; bajo la influencia de la servidumbre, el espíritu público ha desaparecido por completo; todos han adquirido la costumbre de considerar la cosa pública como si en nada les atañera; y la oposición á la voluntad del dictador, llega al cabo á considerarse como una rebelión insensata."—MAURICE BLOCK, *Membre de L'Institut*.

"Cuando un hombre, apoyado en un partido con el que camina de acuerdo, se ha amparado por la fuerza armada de una nación, parece como si todo le fuera permitido, sin resistencia alguna efectiva, es decir física, en interés de sí mismo ó de su partido. Ahora bien, sin duda se permite hacer mucho; pero siempre permanece lejos de permitírsele todo, y, hagámoslo bien notar, áun mismo no teniendo que temer seriamente agotar la paciencia de sus gobernados.—¿ Por qué esta moderación relativa, esta limitación voluntaria de su poder? Porque, á medida que avanza en la vía del despotismo opresivo, tropieza contra el obstáculo, cada día mas infranqueable, si no de su conciencia en rebeldía contra sus pasiones, al menos de su buen juicio en oposición á sus intereses y sobre todo al juicio de sus partidarios contrario también al interés de los mismos. Tal vez de ordinario es más exacto; pero aquí es oportunidad de decir, que el déspota se siente intimidado, detenido, en fin, por el grito de reprobación impotente de los vencidos,

por el eco que este grito encuentra en su propio corazón y porque tanto él como los suyos, no pueden menos que sentirse contestes con el veredicto condenatorio. Pero, ¿ por qué se encuentran obligados á adherirse á un juicio que estigmatiza sus actos y contraría sus intereses? ¿ Por qué les acontece á veces que ellos mismos se reprueban espontáneamente, sirviendo á su propia causa con demasiado celo? Porque no siempre puede creerse lo que se desearía creer, lo que se tendría interés en creer; porque la creencia es, hasta cierto punto, autónoma en su esfera y no se deja influir sino indirectamente por el deseo. Hay momentos en que un partido tendría interés en creer que es de noche á medio día; pero en los cuales, por mucho que se cierren los ojos, la luz continúa resplandeciendo. . . . ¡ Ah! si siempre lo pudieran, no faltarían déspotas orgullosos, autócratas, ante los cuales Heliogábalo y Nerón podrían ser tenidos como liberales."—G. TARDE, *Les Transformations du Pouvoir*. Paris, 1899.—Pages 161-162.

Esto asentado, sin temor, sin pasión, sin adhesión ni odio, procuremos delinear los caracteres distintivos y semejanzas de ambos prominentes estadistas.

Así el General Reyes como el Presidente Díaz, son amantes del Progreso Material y de la Instrucción Pública.

Díaz es paciente y callado; Reyes es impulsivo y locuaz: ambos son enérgicos. El segundo obra por pasión, el otro por cálculo: ambos son sanguinarios.

Los dos son honrados: los dos trabajadores. Ambos odian la opinión del pueblo, y sin embargo procuran la popularidad. Los dos pretenden la perpetuidad en el poder. Como civiles, uno y otro rinden parias, utópicamente, á la Justicia; pero, prácticamente, la detestan. Como plebeyos, uno y otro presumen de republicanismo.

Reyes, como Díaz, tiende al paternalismo en el gobierno, á inmiscuirse en todo; porque ambos ignoran los fundamentos de la verdadera democracia. Díaz, como Reyes, carece de instrucción civil y clásica, siendo ambos extranjeros en la República de las letras. Como tiranos, odian la libertad de la prensa, y son extremadamente sensibles á la adulación.

Dícese que el General Cortina se expresó en cierta ocasión como sigue: "esta aduanita es mía, me la regaló D. Benito." Reyes dice: "este Estado es mío, me lo regaló D. Porfirio." Díaz dice: "Méjico es mío, me ha costado dos revoluciones."

El General Díaz es un hombre nacido para mandar, posee *l'imprint du metier* del Gobernante: sería un buen Rey. Reyes es sumiso y sabe obedecer, es adulador hasta la bajeza, y en la misma proporción es altivo y dominador hasta la tiranía. La conciencia política de Don Porfirio es una, compacta, si vale decir, la de Reyes se amolda á todo lo malo: es dúctil, indefinida, y en el fondo de ella hay un solo agente activo: la vanidad.

La carrera militar de ambos es intachable; pero la de Díaz ha sido la de un héroe, la del otro la de un soldado. Por eso, en tanto que la personalidad de Díaz habla á los corazones y se ama, la de Reyes habla sólo á la inteligencia y se teme. En las páginas de la historia de Díaz, resaltan brillantes hechos de heroísmo; la de Reyes es conspicua tan sólo, por sus actos sanguinarios. El "2 de Abril de Reyes" y el "2 de Abril de Díaz," marcan en este particular las categorías respectivas.

Pero Reyes es relativamente joven para la prominencia que ha alcanzado; en tanto que Díaz ha llegado ya á la ancianidad. Reyes puede aún evolucionar, tiene talento y firmeza de carácter para ello; en Díaz, la senectud estrecha sus méritos más relevantes: el temor, la "indecisión senil" que tanto se pronunciaron en Tiberio y Luis XIV, le impiden modificarse en un sentido liberal. Si ahora lo hiciera, significaría una agravación del estado psicológico indicado: denunciaría una degeneración fisiológica, un reblandecimiento cerebral, caquexia, como la que llevó á Carlos V. al monasterio de Yuste. No, Sr. Bulnes, en vano citará Vd. á Tolstoi en apoyo de la evolución de Díaz hacia la democracia. Como Nerón, muchos temblaron al firmar la primer sentencia de muerte y evolucionaron hacia el mal; no hay ejemplo de tiranos que hayan evolucionado hacia el bien, ó al menos, que hayan cesado de ser peligrosos, sino por degeneración fisio-

lógica ó por corrupción. Los últimos años de Augusto, en verdad, no fueron dignos, como los primeros, de las lamentaciones de Plinio el Mayor: "repulsa in magisterio equitum . . . proscriptionis invidia . . . In summa, deus ille, coelumque nescio adeptus magis, an meritis herede hostis sui filio excessit." Por eso murió como un histrión: ¿"He desempeñado bien mi papel? *Plaudite cives*, fueron sus últimas palabras. El General Díaz es un hombre de moralidad intachable; no puede morigerarse por corrupción. El "temor senil" . . . ¡he allí el peligro! El apego mórbido al mando, que le hizo prolongar á seis años el período de la presidencia, he allí otro peligro. Claudio lloró cuando sus favoritos se pronunciaron en Roma, mientras él esperaba en Ostia las galeras cargadas de trigo, para repartirlo entre aquel pueblo Rey que derribó á Tarquino el Soberbio, ¡embrutecido ya por la tiranía! Cuando el sentimiento de la libertad se pierde, la personalidad humana disminuye. Longinos citó este verso de Homero: "El mismo día que se reduce á esclavitud á un hombre libre, pierde la mitad de sus virtudes."

La escuela militar del General Díaz, algo se modificó con el civilismo de los grandes hombres que entonces dirigían los destinos de la República: Juárez, Lerdo, Iglesias, Vallarta, Benítez. Sobre el fondo negro de los combates y la orgía de sangre, se proyectaban esas sombras grandiosas de repúblicas ilustres. La hermosa personalidad del asaltante de Puebla, crecía y como que se cobijaba bajo el velum que daba sombra á aquel cenáculo de togados excelsos. Reyes no tuvo esos ejemplos, no pudo heredar esas virtudes; por eso, mientras el uno imparte justicia alguna vez, el otro no la imparte nunca. Díaz puede sospechar que hay algo de grande y de noble en la Justicia; para Reyes, ésta es sólo un medio de castigo ó de venganza. Ante un veterano de rodillas, cuyo hijo iban á fusilar al cabo de algunas horas, Díaz pronunció aquellas palabras: "es necesario tener fe en la justicia;" Reyes solo tiene fe en los testimonios de su adhesión rastrera al Presidente de la República. La expresión de Díaz, entrañaba el miedo de que se relajara la disciplina del Ejército, por que no hablaba de la justicia civil

sino de la militar; los actos todos de Reyes, sus reiteradas protestas de adhesión al tirano, indican á las claras el terror de caer de la gracia, de que un día, quizás *ocho* después de haberle adulado hasta la bajeza, como Petronio de Nerón en ocasión semejante, reciba de la mano que hoy le acaricia la orden terrible: "es necesario que mueras."

Tanto Díaz como Reyes, buscan la aquiescencia, la adulación del extranjero: por eso Reyes sostiene el "MONTERREY NEWS," periódico americano, que es el mejor atendido de Nuevo León, y Díaz sostiene el "MEXICAN HERALD," que es el mejor periódico de la República. Pero en Díaz hay altruismo, y así es que en sus periódicos "EL MUNDO" y "EL IMPARCIAL" se procura la educación del pueblo, siquiera no sea en los verdaderos principios democráticos; en tanto que "LA VOZ" y "EL ESPECTADOR," tan sólo se ocupan en adular á Reyes. Los dos Generales temen la oposición, y la persiguen con cárceles y asesinatos. Para ambos la libertad del pensamiento es el más grande de los crímenes contra la República.

Ni Reyes ni Díaz aman las instituciones republicanas; pero ambos se vanaglorían de ocupar sus puestos por la "voluntad del Pueblo," como Augusto de haber sido electo Tribuno Popular en los comicios.

Quitadle á Porfirio Díaz el gobierno, y todavía queda el héroe de la Intervención Francesa; quitadle el mando á Reyes, y no queda de él más que el recuerdo de sus ambiciones y de sus crímenes. El uno, retirado, sería un anciano ilustre, respetado de todos; el otro, sería el blanco de secretos odios y venganzas. Muerto Porfirio Díaz, se dirá de él, como en la última escena del Fausto: "*esta juzgado . . . y perdonado;*" la muerte de Reyes, si en lo presente acaeciére, traería el descanso, el bienestar, hasta en el corazón de los que ahora se dicen sus amigos.

Díaz y Reyes, como todos los tiranos, odian los partidos políticos; así es que no ha mucho, decía aquél á un grupo del llamado "Partido Nacionalista," que pretendía hacer uno solo (Porfirista, bien entendido) de todos los existentes en Méjico: "á una Nación pequeña no convienen los

partidos;" Reyes persigue hasta la tumba, á cuantos osan mostrarse hostiles á su partido único: el *reyismo*.

En Méjico existe un círculo de "Amigos Incondicionales del General Díaz;" en Monterrey los clubs "Unión y Progreso" y "Victoria" están compuestos de "amigos incondicionales del General Reyes." Pero, ni los "amigos" de Méjico, representan á la República, sino por la fuerza abrumadora y apoyo moral irresistible del tirano; ni los "amigos" de Monterrey representan el Estado de Nuevo León, sino por cuanto tienen á su disposición Cárceles y Penitenciaría, para los que osan oponérseles. También Augusto tenía su Círculo de Amigos, "que vestían túnicas rojas;" túnicas que también debieran vestir, por lo significativas, los "amigos" de Reyes y de Díaz.

En su vida privada Reyes y Díaz son hombres moralizados, afables, dotados de las "leniores virtutis" de que hablaba César, y excelentes padres de familia; pero ni el uno ni el otro cuentan con verdaderos, íntimos amigos. En esto difieren de la mayor parte de los tiranos, porque hasta Nerón tuvo hombres que sinceramente llorasen su fin trágico, y colocaran espontáneamente flores en su sepulcro. A buen seguro, que ni en la tumba de Reyes ni en la de Díaz, se derramarán lágrimas sinceras. Ni el llanto del partidario, ni siquiera el de la gratitud, es el dulcísimo del amigo: desinteresado y noble, más puro que el de la esposa, tan puro como el de los padres, y que nace del placer de las almas; así como el amor estriba en el placer de los sexos. Quizás á Díaz pueda aplicársele á este respecto, la bellísima frase que Shopenhauer atribuyó al aislamiento de los genios: "la soledad reina en las alturas."

La obra de Díaz ha sido la paz; los medios para conservarla han sido buenos y malos: fueron buenos, los que coadyuvaron al desarrollo de las fuerzas económicas latentes, y á la distribución amplia del trabajo, fomentando grandes obras materiales; fueron malos, los que amordazando la opinión nacional, aterrorizando al adversario por la venganza sangrienta, y degradando el espíritu público hasta el punto de hacerle amable la tiranía, han matado en Méjico las más

altas de las virtudes cívicas: la dignidad, la altivez, el sentimiento de la libertad, sin las cuales no existe, no puede existir el verdadero patriotismo.

Por último, Díaz no ha sido un César, como impropia-mente ha dado en llamársele; y desde este punto de vista no puede ser comparado con Augusto. Para ser César Augusto, le faltaba el vínculo con el vencedor de las Galias, y haber heredado de él el Imperio del mundo. Para ser César, le faltaron ocasión, genio y grandeza de alma. "No es nuestra época, no, época de cesarismos," dijo un célebre orador español: "Cuando aparece un hombre extraordinario, dotado de facultades inmensas, que comprende el espíritu de su siglo, que se siente iluminado por las nuevas ideas cuyos primeros rayos doran las grandes almas como el sol naciente la cima de las montañas, ese hombre, ó por su fuerza ó por su genio, puede contener en sí el pensamiento de un siglo, realizar el ideal de una civilización, levantarse sobre todos los hombres y dirigirlos aún á costa de su libertad, á la tierra prometida, como guerrero y como profeta. Mas el siglo XIX, el espacio del siglo XIX que estamos recorriendo, no consiente, no puede consentir este predominio absurdo de un hombre sobre todos los hombres. Hoy no aparece un genio extraordinario como Alejandro, como César, como Gregorio VII, que se asemejan en la desolada soledad de ciertas edades á esas magníficas esfinges cubiertas de arena que el caminante encuentra en el desierto. Hoy la idea del derecho habita en todas las conciencias, el sentimiento de la libertad en todos los corazones."

Ni siquiera ha sabido Díaz rodearse de hombres de verdadero talento, como lo han hecho cuantos Césares al mundo han dado leyes, para adornar con flores y vistosos oropeles el sepulcro de la Libertad.

¿Quiénes son los genios encargados de grabar en los bronce de la Historia, las hazañas famosas del General Díaz?—¡ Ah, esos ya murieron! Murieron, General, cuando escribiendo la última página de la Intervención Francesa sobre la tumba de Juárez, bajo vuestro nombre,—subtítulo elocuente,—escribieron esta sola palabra: *ambicioso*.

Nó, no es un César el General Díaz; ni siquiera un Augustulo, ni siquiera el ratón desprendido de la piel del León de Nemea; porque el origen de su grandeza no es noble: la cera de sus hachones huele á carne humana; bajo esas alfombras pérsicas, hay cadáveres que se corrompen. Culminando ese monumento de Progreso, hay un ángel que se desprende y nos abandona: ¡ LA LIBERTAD!—La Libertad, hermana de la Esperanza, y que unidas forman las alas con que la Humanidad vuela, como ave gigantesca, hacia el Paraiso de la Felicidad! ¡ Maldito quien quiera en el mundo ha osado mutilar esas alas divinas: la Libertad y la Esperanza!

Y si Díaz no puede ser Augusto, tampoco Reyes puede ser Marco Aurelio, el cual rehusaba comer carne . . . . "por no alimentarse con cadáveres."

Después de Augusto. . . . Tiberio; ó su parodia: tenía razón Don Francisco Bulnes.

## CONCLUSION.

En touchant tes lauriers je craindrais les flétrir.  
BOILEAU.. *Épître au Roi*.

### GENERAL:

Este libro no es obra de un enemigo vuestro, ni mucho menos ha sido inspirada por el cada día creciente número de vuestros malquerientes. No es, á buen seguro, una publicación, como las que amenudo os visitan, escrita con la empalagosa miel de la adulación; pero al mismo tiempo podemos reclamar para ella este título, de que carecen las otras: ha sido escrita con sinceridad, por un mejicano que ama entrañablemente á su Patria,—¡ á la que ver quisiera, libre, grande, progresista y sobre todo digna!—y que en vos respeta y admira, una de las más bellas figuras que esmaltan nuestra Historia.

No nos propusimos, al sorprender algunos caracteres de vuestra fisonomía política, obsequiaros con un hermoso camafeo, en el que de relieve se pusieran vuestros más nobles

rasgos, conscientes de que esa tarea es ingrata para los que la emprenden, repugnante para los que de ella son objeto, si en realidad merecen las caricias que ingenios mercenarios y sin pudor les prodigan. Bien sabemos que en el fondo de todos los corazones, hasta de los más bien puestos, aletea laavecilla siempre sedienta de la vanidad; pero, tratándose de hombres de bronce, hombres de vuestro temple, Señor General, nos complace no creer que así sea; porque los grandes hombres, deben tener el corazón de roca, como los dioses del Parthenón, é insensibles deben ser, por lo tanto, á las blanduras de la adulación que ensalza de rodillas.

Quizás, repasando estas páginas, lo que de menos digno hay en vos, de menos grande, se agite alguna vez en convulsiones epilépticas de despecho, porque, "difícil es desposeernos de la naturaleza humana", como decía Pirron; pero en momentos tales, máxime si vuestra ira se levanta vengativa en el pecho, contra quien osó apartarse del corrillo de vuestros turiferarios, las palabras de Diógenes, que Plutarco juzgó dignas de un gran filósofo y de un hombre de Estado, puedan acudir con oportunidad á vuestra mente:—"¿Cómo me vengaré de un enemigo?" le preguntaba alguien.—"Aumentando tu honradez y tus virtudes," le contestó el filósofo.

No trabajáis solo en la erección del monumento duradero de vuestra gloria. Allí están, á vuestro lado, hombres que pasaron por nuestra historia moderna, de bracero con el Gran Juárez y Guillermo Prieto; y, en esta misma Nación, representa vuestro gobierno y nuestra Patria, un hombre ilustre, cuyo verbo amenazante circuló por el mundo como una trepidación, al cerrarse el drama de la Intervención Francesa. Mariscal y Aspíroz cooperan en vuestra obra. Y así mismo: financieros como Limantour, estadistas como Corral; y una pléyade espectante de los que, como el gran Tolstoi, que tan alto colocó vuestro nombre, creen todavía que el Caudillo de las Revoluciones y el Tirano de la Paz, puede aún evolucionar hacia la Democracia.

GENERAL: Plinio el Mayor, en el libro VII de su Historia Natural (§28), se expresa como sigue: Siccio Dentato, que fué tribuno de la plebe bajo el consulado de Tarpeyo y

Atorio, poco después de la expulsión de los reyes, reunió títulos muy numerosos, es á saber: se encontró en ciento veinticinco batallas y salió victorioso en ocho combates singulares: llevaba sobre su pecho las honrosas cicatrices de cuarenta y cinco heridas, sin que una sola de ellas la hubiese recibido por la espalda. Además, arrebató treinta y cinco despojos, recibió como premio á su valor dieciocho picas sin hierro, veinticinco alzacuellos, ochenta y tres collares, ciento sesenta brazaletes, veintiséis coronas, catorce cívicos (ocho de oro, tres murales y uno de obsidiana), diez mil ases y veintiocho bueyes, que formaban parte del mismo botín. Acompañó en el triunfo á ocho generales, que le debían la mayor parte de sus victorias; y, *lo que el primero me parece de sus grandes hechos*, DENUNCIO ANTE EL PUEBLO A UNO DE SUS GENERALES, TITO ROMILIO, AL TERMINAR SU CONSULADO, PROBÁNDOLE HABER ABUSADO DEL PODER QUE LE CONFIRIO EL IMPERIO.\*

Vuestra historia, General, es tan heroica como la de Siccio Dentato. También vuestra frente se inclina al peso de los laureles recogidos en cien lides gloriosas; sois, así mismo, como guerrero, una de las figuras más nobles de nuestra Patria: lauros, coronas, triunfos, han pavimentado la senda augusta por donde siempre os precedió la victoria. Pero, recordad el dicho de uno de los sabios más grandes de la docta antigüedad: aún está reservada para vos una victoria más grande que todas las que hasta ahora habeis alcanzado: "la de acusar ante el pueblo, siquiera sea implícitamente, á quien abusó, con perjuicio de la Nación, del mando que en mala hora le conferisteis."

Y sepa de una vez ese mal gobernante, que, entre el General Bernardo Reyes y el General Porfirio Díaz, hay un inmenso valladar de heroicidades é insignes hechos, que no se llena con la paja de la vanidad, con sangre de enemigos indefensos, ni mucho menos con persecuciones cobardes.

\*Prætereā (quod optimum in operibus ejus reor) uno ex ducibus T. Romilio ex consulatu ad populum convicto male acti imperii.

+++++++  
+ FINIS. +  
+++++++